

Desgraciadamente la imposición del valor "económico" como fuente de poder y prestigio exige de modo indefectible la adopción de todas las restantes reglas del juego, propias de una sociedad capitalizada—por no decir capitalista—, donde han caído americanos, europeos, rusos y chinos y, finalmente, caerán también los africanos socialistas o reaccionarios.

Para salvaguardar las tradiciones africanas en un movimiento de culturalización del pueblo es necesario poseer, además de la filosofía económica que existe indudablemente en el Plan de Desarrollo comentado, otra más importante filosofía para la formación intelectual del pueblo. No basta construir es-

cuelas y universidades; es necesario disponer de una concreta cosmogonía capaz de informar a las mentes multilateralmente. Los nombres indios o europeos sobre las tiendas de Government Road son probablemente un elocuente alegato contra el proceso de africanización económica, pero mayor es la afrenta que experimenta el pueblo indígena cuando se le desposee impunemente de sus tradiciones y sentido de la vida—de raíz totalmente compatibles con una sociedad moderna—para impulsarles a un comportamiento propio de escoceses, daneses o chinos.

Es peligroso, aunque sea muy "europeo", habituarse a declaraciones gubernamentales expresadas exclusivamente en kilovatios hora y libras esterlinas.

## recursos humanos para una nueva sociedad

### RECURSOS HUMANOS PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

Alrededor de medio millón de personas—sólo un 5 por 100 de la población de Kenya—se encuentra en condición asalariada y entre éstos, la mitad aproximadamente, tiene su trabajo en los medios rurales. El resto de la población activa está ocupado en sus propias granjas de pequeña extensión.

Esta es, en líneas generales, la situación laboral del país, dependiente en su mayoría, directa o indirectamente, de la producción agrícola. Incluso un 60 por 100 de las manufacturas se realiza sobre materias primas procedentes de las granjas y la mayor parte de los productos de consumo y servicios son destinados también a las comunidades rurales.

Tal estructura económica laboral ha surgido de los tradicionales patrones que han venido rigiendo en el país hasta nuestros días. El futuro de Kenya, como sociedad moderna, dependerá en gran parte de su capacidad de adaptación a las exigencias impuestas por la mecánica del desarrollo económico.

Sería fácil ampararse en los numerosos planes gubernamentales de desarrollo para afirmar que el futuro es seguro, pero esto es lo mismo que asegurar a los habitantes de una ciudad que no teman a las hoquedades que existen bajo los ciimientos de sus casas. Estas hoquedades existen realmente y en nuestro artículo pretendemos explorar algu-

nas de ellas. No usaremos demasiados números para describir tales oscuras situaciones, porque son demasiado complejas; desde luego, plantean una problemática de desarrollo económico mucho más enrevesada de lo que pueda ser en Europa.

### LAS TRADICIONES

El niño crece y se desarrolla dentro de un área tribal de dos o tres hectáreas, sometido a la férrea disciplina del clan familiar; todos los miembros del mismo deben aceptar la dependencia que supone la prestación de servicios en un dilatado ámbito familiar. Este no sólo viene dado por el parentesco de sangre hasta el grado más remoto, sino que incluye también a los miembros de un mismo grupo de circuncisión (*agegrup*).

Otra determinante tradicional es la forma de cultivo practicada, con muy escasa técnica, que sólo se ordena a la atención de las necesidades familiares, sin reservar ninguna parte para transacciones de mercado. Esto significa que no se conoce el uso de fertilizantes, ni importa ninguna práctica que mejore cultivos o semillas, ya que no se tiene intención de colocar los excedentes en una venta competitiva. El escaso dinero que puede accidentalmente ingresar una familia, como consecuencia de la venta de una cosecha excepcional, se destina al pago de impuestos y a la adquisición de unos pocos productos de lujo: té, azúcar, etc. También estas cosas se podrían obtener por permuta.

Finalmente, hay otra importante característica en la tradicional estructura del país que debe ser particularmente subrayada; ella es que la propiedad privada es una fuente de prestigio, no por su capacidad económica de producción, sino por su capacidad de representación u ostentación. El terreno y el ganado son considerados en sí mismos como signos de riqueza. Una vaca viva es por sí misma un valor, sin importar su salud o edad, y esta forma de riqueza es infinitamente preferida a la posible ganancia que pudiera derivarse de su venta para carne. Además, la acumulación de ganado es necesaria cuando hay en perspectiva una boda, porque éste y la cerveza son a menudo utilizados como medios convencionales de pago por una novia. Por otra parte, el terreno ha venido siendo considerado como un tipo de riqueza que el padre reparte entre sus hijos al morir; tal uso ha conducido a una fragmentación verdaderamente abusiva. Esta es la razón por la que en algunas tribus se prohíbe dicha práctica. Tal disposición, que restringe el acceso a la propiedad, ha acumulado aún mayor prestigio sobre los propietarios de suelo; una persona que no puede decir suyo siquiera un trozo de suelo es considerada casi como un "expulsado" de la sociedad. Las consecuencias de estos hechos son múltiples, pero hay dos de especial interés; en primer término se está ejerciendo gran presión para subdividir los grandes exfundos europeos y, por otra, que los trabajadores urbanos, en vez de orientar sus ahorros hacia la inver-

sión en pequeños talleres y servicios, los destinan a comprar parcelas de terreno.

## EDUCACION

Con la independencia del país, han surgido nuevas circunstancias que han sido rápidamente asimiladas por toda la población. El autogobierno significa que un gran número de puestos de trabajo, ocupados antes por extranjeros, han quedado ahora potencialmente accesibles a los indígenas. Actualmente se empieza a ver en la educación una nueva llave de prosperidad y poder. La sociedad tradicional ha respondido a las exigencias de los nuevos tiempos con prontitud y acierto; no se escatiman sacrificios en el clan familiar, con tal de poder situar en la escuela a un hijo o pariente. Saben que, como contrapartida y en virtud de la fuerte vinculación familiar, van a participar de la prosperidad del joven; riqueza, por otra parte, que sólo resulta prontamente asequible por vía de educación.

Los mejores van a la escuela para fomentar las esperanzas de sus padres y parientes, quienes, en la mayor parte de los casos, carecen de toda educación. En cuanto el muchacho aprende a leer y escribir, se le considera "educado" y capaz de ocupar puestos administrativos, o de maestro; en general se le tiene como "hombre de corbata" capaz para cualquier puesto subalterno en las oficinas del Gobierno. Por otra parte, los mismos programas de estudio son mal concebidos para la formación de los miembros de una comunidad agrícola, dependiente fundamentalmente del trabajo manual. Si se tiene en cuenta, además, que los jóvenes son estimulados a huir de la tierra por la presión de sus padres y parientes, se concluye que la juventud mejor capacitada está abandonando las áreas rurales en las que el país confía como principal fuente de recursos para su desarrollo económico.

El problema de la educación llega a adquirir aún mayor significación si se tiene en cuenta que el limitado número de plazas disponibles en las escuelas exige una tremenda lucha para su conquista. El hecho de ocupar una plaza en cualquier centro de enseñanza, significa ya un posible acceso a la afortunada élite bien cualificada para encontrar remuneración y seguros empleos en las ciudades.

Pero las dificultades para este venturoso final son numerosas. De los 140.000 estudiantes que anualmente consiguen encontrar plaza en las escuelas primarias, sólo 12.000 pueden ser luego admitidos en la enseñanza secundaria, y de éstos sólo 800 pueden finalmente tener acceso a la enseñanza media (higher secondary school), que es la etapa indispensable para entrar en la Universidad. En cada nivel hay, pues, un difícil obstáculo y quienes no consiguen salvarlo, difícilmente se resignan a volver a su tierra, sin el preciado galardón académico.

La educación de la mujer no ha seguido al mismo paso acelerado que la de los hombres, y este hecho plantea un delicado problema en el seno de las futuras familias, por cuanto que las futuras esposas no se encuentran a tono con las aspiraciones de las nuevas promociones de jóvenes cultos. El lento progreso en la educación femenina ha de atribuirse fundamentalmente al hecho de que por tradición se confía a las mujeres lo más penoso de los trabajos manuales: además de las tareas domésticas, se deben encargar de los transportes y cultivos, sin ayuda alguna de bestias de carga. Las familias raramente acometen la educación de las hijas con el mismo entusiasmo que la de sus muchachos, por cuanto estiman que ello ha de contribuir al "reblandecimiento" de quienes más tarde han de proporcionar la principal cantera de trabajo manual.

## LA CARRERA HACIA LA CIUDAD

La tradicional aptitud respecto de los bienes, el nuevo hecho de la educación masculina y la especial posición de la mujer en el seno de la familia, constituyen tres aspectos determinantes de un peculiar proceso de desarrollo.

Los jóvenes mejor capacitados abandonan presurosamente sus aldeas, para sepultarse en las ciudades, en busca de empleo adecuado a su educación y también para huir de la tediosa existencia rural. Si se añade el oculto deseo de escapar a las incesantes demandas de ayuda económica por parte de sus parientes, se puede imaginar fácilmente la fabulosa fuerza de la corriente ausentista. Sea como fuere, el hombre no viene a la ciudad en busca de un hogar. La familia urbana no tiene ningún significado en Kenya. En la mayor parte de los casos, los hombres dejan a sus propias familias en el campo, mientras ellos tratan de ganarse algún dinero, para probar las delicias urbanas.

Este grave hecho queda estadísticamente probado en el censo actual de Nairobi. Un 48 por 100 de los arrendatarios de viviendas tienen un huésped que no pertenece a la familia. Sin embargo, parece que quienes se vinieron a la ciudad para evitarse la enojosa carga de una extensa familia, se han encontrado aquí también con parecidos deberes. Efectivamente; sólo dos de cada tres africanos tienen trabajo en Nairobi. Sin embargo, los desempleados no duermen en la calle, ni se mueren de hambre. La razón puede ser debida solamente al hecho de que esta gente desamparada es atendida por sus parientes y amigos, de acuerdo con el tradicional sistema de la hospitalidad y ayuda social africanas. Por otra parte, ni el Gobierno, ni la municipalidad poseen servicios asistenciales a la escala necesaria para atender a tantos necesitados.

Es interesante destacar cómo las tradiciones sociales han salvado a Kenya de una extrema situación económica. En adelante, la ab-

sorción del incrementado censo urbano sólo se podrá confiar al desarrollo industrial; pero esta esperanza sólo se realizará si el proceso de inversión se acelera y no aparecen en la ciudad otros 40.000 hombres hambrientos capaces de asustar al posible potencial inversión.

## DESARROLLO ECONOMICO

Hemos visto cómo las tradiciones han ayudado y protegido al africano en las nuevas coyunturas; ahora habremos de ver si siguen siendo suficientemente consistentes como para asegurarle una situación adecuada en un régimen continuado de desarrollo económico.

El desarrollo económico depende esencialmente del régimen de inversión y de la capacidad de empleo; en ambas circunstancias son esenciales para un pueblo como el de Kenya, que crece a razón del 3 por 100 anual, produciendo cada año una incrementada oferta de brazos en el mercado laboral particularmente en los medios urbanos.

No obstante, puesto que la capacidad de producción agrícola y, por tanto, de absorción laboral, depende entre otros casos de la habilidad con que se la explote, es seguro que muchos hombres podrían no haber sido expulsados del terruño contra su voluntad. El tamaño de las explotaciones agrícolas, por ejemplo, es un importante factor en orden a la productividad. La subdivisión de las grandes granjas ha sido una decisión triplemente errónea. En primer término, las pequeñas propiedades no ofrecen empleo estable y los nuevos propietarios normalmente no necesitan ayuda complementaria. El minifundio agrícola es menos productivo y, como contrapartida, disminuye la capacidad de adquisición de los granjeros; los hombres de negocios, a su vez, no tienen el menor interés en establecer sus redes comerciales y de servicios en el ámbito de tales comunidades. Y, finalmente, las pequeñas granjas raramente tienen capacidad de inversión y mejora.

Uno de los caminos que, sin duda, favorece la inversión es una perspectiva de grandes mercados potenciales. Pero la capacidad para crearlos está íntimamente ligada con la formación de los granjeros. Al principio de su explotación es notorio que las granjas no suelen rebasar el nivel de producción necesario para la propia subsistencia. Gradualmente se introducen mejoras en la selección de cultivos (café, té, piña) y comienza el empleo de fertilizantes. Pero tales mejoras suponen inversión y ganancia, que no puede ir a manos de los parientes, sino que debe volverse a reinvertir. Finalmente, es precisa una particular educación de los granjeros para orientar los cultivos hacia determinadas especialidades de elevado rendimiento económico.

Este proceso debería suponer una profunda revolución social, que implicará en primer término la mutua interdependencia en la obtención de los medios de subsistencia. De

momento es posible que habrá de exigirse a las gentes un fuerte acto de fe para creer que un extraño les puede proveer en sus necesidades. Como consecuencia de esta desautonomización, surgirán incipientes los sectores secundarios y terciarios de la economía. Los procesos de transporte y almacenamiento crearán una amplia gama de oportunidades de empleo en todo el país. Es el momento cuando comienzan a surgir del mismo pueblo los pequeños comerciantes.

Consecuencia inmediata de este desarrollo deberían ser mayores posibilidades de inversión para la educación del pueblo. Surgirá también el ahorro y la reinversión en bienes de producción. Pero en este punto concre-

tamente encontramos la fundada oposición de las tradiciones sociales africanas.

Es evidente que la prosperidad supone el ahorro—ahorro personal—, pero como quiera que la sociedad tradicional entiende que la prosperidad debe ser compartida, quiere decirse que los ahorros deberán ser mancomunadamente comidos y anulada, por tanto, toda otra posibilidad de reinversión y mejora.

Por otra parte, si el Estado emprende el proceso de inversión a sus propias costas o favoreciendo la entrada de capital extranjero, necesariamente se opone a la prosperidad privada o se somete al neocolonialismo económico.

Parece desprenderse de todo esto que el

futuro de Kenya depende, en gran parte, de la capacidad de su pueblo para adaptarse, mediante radicales cambios, a las nuevas situaciones que implica una sociedad moderna.

Por una parte, algunos tendrán que aceptar las responsabilidades de una existencia urbana en el seno de la familia. Por otra, deberá estimularse y protegerse el ahorro personal—a pesar de las tradiciones—como único medio para realizar la parte del desarrollo económico, que el país debe realizar autónomamente.

T. C. RYAN.

Economista.

Lector de Strathmore College



Mr. T. C. Ryan en Strathmore College.

## comentario

Con estas elocuentes líneas de Mr. Ryan, los lectores de ARQUITECTURA tal vez hayan logrado una visión bastante aproximada de la nueva Sociedad africana.

Mr. T. C. Ryan, por ejemplo, nos muestra crudamente las angustias de un pueblo con estructura social tradicionalmente económica, que se debate por confundirse el "prêt a porter" socio-económico de los pueblos modernos. Y lo conseguiría, no cabe duda, aunque sea a costa de tremendas mutilaciones; por de pronto, se empieza a atentar contra la familia, pilar clave de cualquier sociedad organizada.

Para nosotros puede ser muy sugerente observar

el diverso grado de dificultad que ofrecen a su asimilación nuestras formas culturales y materiales. En muchos aspectos y con determinadas tribus nos separan cuarenta o cincuenta siglos de Historia. Un novelista de ciencia-ficción no podría haber encontrado circunstancias más adecuadas para idear lo inimaginable. He aquí unas pocas líneas para ese guión que me sugiere el comentario de Mr. Ryan.

En mis viajes a través de la gran meseta central, a bordo de un "Wolkswagen", marchando sobre hierba a nivel de ventanilla, orientado por elementales carteles indicadores, solía tropezarme con tipos masai cuyo aspecto y copioso armamento pudiera identificarse con la imagen de un guerrero de la Edad

de Hierro. Marchan en parejas, como guardias civiles, y cuando se acerca un coche se apartan también a ambos lados de la senda—me figuro que es la misma estrategia que emplearán en sus encuentros con leones—y le hacen invariablemente la señal de parada. Su único deseo es de que se les contemple y admire; ni siquiera reparan en el coche. Una vez que se les ha ponderado con “gesto internacional de admiración”, retiran de la ventanilla sus cabezas pringantes de barrillo rojo, mientras musitan una frase de cortés agradecimiento, que para mi colete llegué a recordar identificada con el sonido de “gente sana”: muchas gracias.

El hijo de uno de estos temibles guerreros de la Edad de Hierro solía comer frecuentemente conmigo en cierto restaurante universitario de Nairobi. Había hecho una carrera verdaderamente rutilante, venciendo los innumerables obstáculos que Mr. Ryan ha descrito. En poco tiempo pasó de la vida nómada esteparia a las aulas del Instituto Politécnico; la odisea de Ulises y los trabajos de Colón o Gutenberg, hitos de nuestra lenta carrera por la Historia, apenas tienen sentido para nuestro plusmarquista, que cubrió con un solo salto el espacio de varios miles de años. Puedo asegurar que casi me exasperaba su escasa fatiga por acomodarse a las circunstancias de nuestra sofisticada civilización; resulta inconcebible que un sujeto de la Edad de Hierro se pueda introducir en las aulas de un Politécnico sin la menor confusión. Sentía verdadera curiosidad y procuré informarme.

Nos entendíamos en el inglés monosilábico que esta gente primitiva ha aprendido en las High School que los británicos establecieron al borde de su territorio.

Muy poco antes de haber superado las pruebas intelectuales prescritas para ingresar en la escuela primaria, tras dura competición con numerosos candidatos, el joven masai había vencido en otra contienda no menos arriesgada. Siguiendo las costumbres de su pueblo, la promoción del grupo de edad juvenil a la categoría de guerrero supone encontrarse en buena forma respecto a la virtud por ellos más preciada: el valor. A los quince años aproximadamente, este medido joven, junto con otros tres de su mismo “age-grup”, se había internado en la estepa, hasta alcanzar la cuenca de un riachuelo poblado de densa foresta. Es el mejor lugar donde se pueden encontrar fácilmente a los leones en manada. Descubiertas las fieras, se las hostiga, para empujarlas hacia un terreno adecuado; luego se elige al macho más bravo y melencudo, cacique de la cuadrilla y se le acosa hasta desesperarle. Los niños emplean en su trabajo lanzas y varios tipos de cuchillo. Mi amigo reconoce que existe cierto riesgo, porque el león macho, bravo y acosado es pieza de cuidado, pero promocionar a la noble condición

de “guerrero” es, a su vez, una gloriosa oportunidad que el joven masai sabe que ha de pagar a gran precio. Incluso cabe la gloria marginal, no preceptiva, de superar a los compañeros en prueba de arrojo. Cuando la fiera queda enmarañada por la broza de un bardal, tumbada de espaldas, con las cuatro patas en alto, erizadas de garfios, y su boca cubierta por sanguinolenta espuma, rezumando ira bestial por entre la “herramienta” molar..., el muchacho más valeroso se acerca por un lado, mientras sus compañeros azuzan por el opuesto, hasta hallarse suficientemente cerca como para cometer la mayor grosería que cabe: infligirle a un fiero león macho y cacique de manada: mesarle su cabellera con la mano, mientras aún se encuentra en pleno uso de sus facultades físicas.

Superada la prueba, y ya convertido en guerrero, mi amigo entró en la escuela primaria y años después se coló, con igual brillantez, en la High School; cuando yo le conocí, acababa de ingresar en los cursos preparatorios del Politécnico. Todo ello con sencillez y pasmosa naturalidad; pero si hemos de ponderar alguna virtud, particularmente nos inclinamos por su sentido común. Merced al sentido común se conservó y multiplicó la especie humana, en medio de un entorno hostil; con el sentido común e indudable valor cuatro niños baten a un forzudo león de media tonelada, y con sentido común y cuatro o cinco mil años por delante, el hombre ha sabido finalmente adueñarse del mundo, corregirle y apañarse un habitat comfortable.

Hay, sin embargo, cierto punto débil en esta casera justificación de nuestra cultura moderna. Siendo mi amigo, el masai, un joven de tan excepcionales luces, ¿por qué su pueblo vive aún en la Edad de Hierro?

La respuesta no es fácil, ni tampoco el que suscribe parece poseer la voz más autorizada; doctores tiene la Ciencia. Me limitaré a describir mis modestas y prolijas observaciones realizadas a costa del joven masai, quien si no hubiera sido eficientemente probado en el pacienzudo acoso de leones, tal vez habría terminado irritándose conmigo.

Tenía particular interés en saber por qué había elegido los estudios de ingeniería.

—Tú sabes, por ejemplo—añadí—, que hubieras podido ser un excelente abogado, contable o arquitecto. ¿No te entusiasma el arte de construir edificios y ciudades?

Con su inglés a pistón de dos tiempos, me dijo que nunca se había planteado la idea de hacer casas, ni ciudades, ni nada por el estilo. Toda su vida se desarrolló bajo un sombrajo, que rara vez merecía el título de cabaña; como su padre posee bastante ganado, la familia no puede detenerse demasiado tiempo en los mismos pastos, porque rápidamente se esquilman.

—Sólo hacen cabañas las gentes demasiado pobres, que apenas tienen ganado—aseguró con cierto aire de superioridad—. Nosotros no tenemos ningún interés y, además, mi pueblo desprecia a los gikuyu, que escarban la tierra y viven siempre en el mismo sitio, comiendo hierbas. Además, les robamos las mujeres; aunque ahora la policía está de su parte...

La carrera intelectual del muchacho se debe precisamente a una incursión policiaca de reprensión sobre su tribu, en virtud de la cual fué objeto de una "colecta" en pro de las aulas escolares. El Gobierno está razonablemente interesado en la inmovilización de estas gentes, como único medio de introducirles en la edad del "jet". Normalmente las tribus nómadas no tienen el menor interés por la vida urbana; son los pueblos agrícolas—gikuyus, luos, etc.—quienes plantean problemas masivos de emigración a las ciudades.

Es oportuno registrar aquí que el régimen económico de masais y gikuyus, pueblos nómadas y agrícolas, respectivamente, tienen un rasgo común que les asemeja entre sí y diferencia, a su vez, de las estructuras tradicionales típicas en los viejos pueblos que fueron cuna de la cultura occidental. Para dichas tribus africanas, los bienes no son "cheques al portador", sino que se les tiene material y efectivamente unidos a la propia persona. El nómada masai o el agricultor gikuyu viven de la vaca o de la parcela cultivada y se encaraman sobre ella para acrecentar el prestigio social de sus personas, pero no se sirven de tales bienes para la prestación de mutuos servicios. Cuesta convencer, por ejemplo, a un labrador gikuyu que se puede beneficiar de los servicios del tendero indio recién establecido al borde de una nueva carretera abierta en el bosque. Le resulta inconcebible que alguien, ajeno a su tribu y sangre, pueda relacionarse con él mediante trato de mutua conveniencia. El concepto de comunidad social en la mente gikuyu, no se deriva de la mutua prestación de servicios, origen de la estructura social occidental, sino que se funda sobre lazos afectivos de sangre. No sin razón afirma Jomo Kenyatta que su pueblo "no considera a la tribu como un grupo de individuos organizados colectivamente, porque tampoco el gikuyu se considera a sí mismo como *unidad social*". De ahí que jamás el pueblo de Mr. Jomo Kenyatta pudo haber descubierto el afamado "sector terciario" o de "servicios" tan próspero entre nosotros.

Por otra parte, aunque la sociedad tribal sedentaria gikuyu tiene un régimen de sustentación agrícola, su elevado concepto de bien común tampoco permite la densificación de poblamiento. Hemos leído en el trabajo de Mr. Ryan que el gikuyu jamás ha imaginado la existencia de nuestros conceptos monetarios de "inversión" y "capitalización"; cuanto

él posee pertenece a su familia, y lo que ésta no consume se lo pulen lindamente en el clan. De ahí que no quepan márgenes de ahorro para ningún tipo de perfeccionamiento en los métodos de cultivo o selección de semillas. En cada caso, la productividad natural de la tierra y su tipo de cultivo, miden automáticamente el peso de poblamiento posible. Este hecho viene además subrayado, como hemos visto en otra parte, por el escaso régimen de auto-regeneración del humus productivo, impuesto por circunstancias climatológicas.

Estos argumentos son también concluyentes: el pueblo gikuyu tampoco pudo haberse desarrollado nunca como sociedad urbana, al modo, por ejemplo, de los primeros pueblos helénicos.

A este respecto, merece la pena copiar aquí un sugerente párrafo de Toynbee (1) en el que plantea su tesis del desarrollo social sobre la base de "respuestas" adecuadas a las incitaciones del medio.

"La incitación inicial de la barbarie anárquica—escribe—suscitó una respuesta eficaz en forma de una nueva institución política, el estado-ciudad, e hicimos notar que el éxito de esta respuesta suscitó otra nueva incitación, esta vez en el plano económico, bajo la forma de una creciente presión de población. Esta segunda incitación dió lugar, a su vez, a una serie de diferentes respuestas, de desigual eficacia..."

"La respuesta ateniense—añade Toynbee—se ordenaba a aumentar la productividad del ampliado mundo helénico—una vez que su expansión quedó detenida por la resistencia de competidores fenicios y tirrenos—mediante la revolución económica, en el que el cultivo de los medios de subsistencia fué reemplazado por una economía monetaria y por una producción industrial, destinada a la expansión, cambio de materias primas y productos alimenticios."

Dejamos al buen entender de nuestros lectores la interpretación de estos hechos. En la confianza de que su conjunto les resulte sugerente volvemos a auscultar a nuestro amigo, el tráfuga de la Edad de Hierro.

Insistiendo en la misma línea de investigación, pude hacer algunos otros descubrimientos de cierto interés que quizá solo resulten paradójicos para una consideración superficial. Me dijo, por ejemplo, que llegó a entender fácilmente los complejos teoremas de Pascal y Brianchon, pero en cambio sufrió mucho para hacerse cargo del concepto de medida. No veía claramente su necesidad, ni tampoco el sistema relativo que empleamos al medir: valorar algo mediante el auxilio de otro valor. Estaba acostumbrado a que cada cosa posea valor por sí misma. En general, le abruma nuestro prolijo relativismo. Esta misma sensación se puede observar en muchos

(1) *Estudio de la historia*, pág. 288. EMECE. Buenos Aires.

otros aspectos y concretamente en las manifestaciones artísticas. Para una mente de la Edad de Hierro, nuestra pintura contemporánea resulta abrumadoramente compleja y enrevesada (me refiero a la línea clásica de la pintura occidental). Se les ofrece como intrincado conjunto de interrelaciones lineales y coloristas sobre las que resulta muy difícil operar con el juicio sintético que precisa toda comprensión; no hay que olvidar que el deleite estético se fundamenta también sobre una forma peculiar de intelección y que ésta se produce siempre mediante la integración sintética de las interrelaciones parciales aprehendidas en las cosas. Cuando falta el hábito sintético para lo complejo y se carece del abecedario formal constituyente de las aprehensiones básicas de cualquier sistema cultural, es indudable que la percepción no cuaja en intelecciones sintéticas y menos en deleite estético, que es sin duda la modalidad más perfecta de la posesión intelectual.

En contraposición, las manifestaciones artísticas de los pueblos primitivos se apoyan sobre elementales tramas relacionantes; a este respecto, por ejemplo, resultan verdaderamente deliciosas ciertas telas con dibujo que usan las jovencitas de Uganda. Conocí también a cierto estudiante de Nigeria que poseía un copioso repertorio de camisolas realizadas con tejidos caseros de dibujo y color verdaderamente asombroso. Pero entre los mismos pueblos primitivos existe también diversificación relativista. Las

manifestaciones artísticas de los masai—uno de los pueblos más primitivos de East Africa—resulta de tremenda pobreza; la escueta sabanilla roja o azul de su vestuario carece de dibujo. Su repertorio de contrastes relativos es prácticamente nulo.

La aprehensión espacial es, sin duda, otra de las más típicas características de las civilizaciones desarrolladas; este detalle me fué revelado por algunos profesores de la Escuela de Arquitectura de Nairobi. El ancestral hábito de vida al aire libre imposibilita a los estudiantes para la comprensión espacial y en particular para los volúmenes complejos. Es sugerente, a este respecto, por ejemplo, la entusiástica aceptación que suscitaron las conferencias de Füller entre los estudiantes de arquitectura de Nairobi. Mi propio amigo, el plusmarquista de la civilización, solía mostrar escaso interés por la escultura; incluso sospeché que carecía de visión estereoscópica.

En este punto no puedo ocultar que mi preocupación científica estuvo abocada a perderme; había iniciado un complejo test para investigar la calidad estereoscópica en la visión de mi amigo, en el mismo momento que dejó de serlo, por agotamiento tal vez, para transfigurarse en fiero guerrero prehistórico. Es lamentable que una elemental impaciencia haya desprovisto a estas páginas de ciencia-ficción de la oportunidad de enriquecer a nuestra Cultura Occidental con una revelación tan prometedoramente sensacional.

